

DE BUENAS LETRAS

María Jiménez

FRANCISCO LÓPEZ BARRIOS De la Academia de Buenas Letras de Granada

1 . El sol explotaba como una 'matria' generosa sobre la campiña cordobesa, y calentaba la tierra y sus frutos para gozo de hombres de rostros agrietados y cantes melancólicos. En aquellos tiempos, la vida era sencilla y atenta a las maldiciones de la Biblia: «Ganarás el pan con el sudor de la frente». Y no había capillas postmodernas ni lecturas subjetivas de la biología y sus consecuencias hormonales. «Al pan, pan, y al vino, vino», decían entonces. Y le llamaban orden a la postura de un dictador y paz al silencio de los corderos.

Viajaba en mi 'dos caballos' de color butano hacia Sevilla. Había en el campo pacas de paja, algunas amapolas supervivientes del trajín de la cosecha, y se vislumbraban máquinas segadoras en la distancia recogiendo el trigo.

Paré, al borde de la carretera, frente a la entrada de una casa de dos plantas. Muros gruesos de adobe y cal espesa dejándola tan blanca como la promesa de un adolescente enamorado. Era un bar. Había una televisión que funcionaba en blanco y negro. Y una congregación de machos que justificaban la presencia de decenas de 'amotillos' Guzzi 50 en la proximidad de aquel oasis refrescante.

Entonces apareció en la pantalla una joven, casi una adolescente, que movía las caderas

y miraba a la cámara con el descaro de una revolucionaria y el compás de una bailaora que hace del gesto una osadía y del cante un desafío ilimitado.

Hemingway hubiera sido feliz en aquel congreso de testosteronas rugientes frente al erotismo de una hembra genial. Había nacido en el Sur, se llamaba María Jiménez, y lo que veíamos tenía que ver con el flamenco, sin duda. Pero, sobre todo, con la libertad.

2. Te recuerdo, María, aquella tarde de copas locas en la barra del Wellington, en Madrid, cuando bajaste de tu habitación para saludar a Manolo Vidal, que nos presentó, antes de que las horas se enredasen en risas y repiqueos de nudillos sobre la madera para acompañar tus cantes por lo bajini.

Y ahora, cuando te veo cruzar el puente de Triana en un solemne carruaje, me llena el corazón la inocencia salvaje de tus ojos, la sensualidad abrasadora de tus movimientos, el grito atávico de tu personalidad que nadie logró someter.

3. Has sido un verso suelto en el margen, fuera de la copla y del cante, que nos devuelve el misterio del flamenco no en la ortodoxia canónica, sino en su expresividad libre y creativa. Has sido una diosa transparente, grande inolvidable.

Descansa en paz, María, descansa en paz.